

Este manual que acaba de publicar ediciones Palabra da cuenta de las fuertes raíces cristianas de España, que todavía alimentan gran parte de nuestra cultura e idiosincrasia. El libro ha sido escrito, después de muchos años de docencia e investigación, por dos profesores que pertenecen a generaciones diferentes, pero unidos en una larga amistad de más de treinta años: la suma de ambas sensibilidades ha sido enriquecedora. Parten del trabajo, actualmente agotado, que en 1982 publicó el Prof. Francisco Martín Hernández en la BAC, bajo el título *España cristiana*, pero enriquecido con las investigaciones personales de los autores en estos años transcurridos.

Como resaltan en la introducción: «Hablar de la historia de la Iglesia en España es hablar de algo tan connatural a nuestro país, que forma parte de nuestra personalidad como nación. Comienza la Iglesia en España en la época de los hispanorromanos, después se convierte en aglutinante nacional en la época de Recaredo con los visigodos y será el factor determinante de la Reconquista durante los ocho siglos de dominación musulmana. Con la nueva síntesis de fe y cultura que tiene lugar en el reinado de los Reyes Católicos, España y América se transforman en el baluarte de la Iglesia Católica. Finalmente, tras la peculiar ilustración española, llegaremos a los siglos XIX y XX, cuando se produce una nueva situación cultural y donde la ubicación de la Iglesia será un punto central du-

rante las revoluciones liberales y sociales que acaecieron».

A lo largo de este volumen se describen los hechos con la suficiente claridad y hondura, a la vez que de manera concisa, pues como buen manual se ciñe a los datos contrastados y fehacientes, bien documentados y analizados con perspectiva y serenidad. El libro está bastante descargado de citas y referencias, lo que hace más ágil su lectura. En el capítulo de Bibliografía se señalan los libros más recientes que están en el mercado, de modo que los lectores que lo deseen puedan profundizar más en algún tema o contrastar opiniones sobre cuestiones todavía en discusión.

Al finalizar la lectura del libro impresiona comprobar cómo el cristianismo ha cuajado en España en múltiples manifestaciones personales de fe y de vida; también de cultura, con sus más variadas manifestaciones: artísticas, literarias, folclóricas, etc. Pues, como decía Juan Pablo II: «Una fe que no se hace cultura, no es una fe plenamente vivida». A la vista de lo expuesto en estas páginas, se muestra suficientemente que la fe se ha hecho cultura en España.

En el epílogo los autores concluyen, como no podía ser menos, que «desde luego no hay más que motivos para el optimismo» y son conscientes del «reto de los cristianos, con simpatía y con la caridad por delante, de orientar y ser puntos de luz para nuestros contemporáneos».

Javier RODRÍGUEZ MARTÍNEZ

**Philippe MOLAC**, *Histoire d'un dynamisme apostolique. La Compagnie des prêtres de Saint-Sulpice*, Cerf, Paris 2008, 337 pp.

El actual decano de la facultad de Teología de Toulouse, sulpiciano, se adentra en los vericuetos de la historia con un libro que aunque el autor afirme que no pretende ser una historia científica si que es un punto de partida para ulteriores estudios más eruditos.

El libro responde a los cuatrocientos años del nacimiento de Jean-Jacques Olier fundador de la «Compagnie des messieurs de Saint-Sulpice».

Una muestra de la importancia de esta fundación es el uso y abuso que se ha hecho

del término sulpiciano para apoyar o denigrar diversas espiritualidades y sobre todo métodos de formación. La Compañía de San Sulpicio ha gozado de un éxito casi sin precedentes (teniendo en cuenta que su número nunca ha superado los 700 efectivos) y del monopolio en lo que respecta a la formación de las vocaciones sacerdotales, en Francia, dando lugar a un modelo de sacerdotes que se exportan incluso a ultramar. Así, los sulpicianos han formado no solo al clero francés del hexágono sino aquel del Canadá o de los Estados Unidos. La dimensión misionera y a la vez profundamente romana de los Sulpicianos ha marcado una época en la historia de la Iglesia.

El libro sigue un recorrido cronológico que va desde 1641 (fundación) hasta 1980 (año en que la asamblea plenaria del episcopado francés recibía a Juan Pablo II en el seminario sulpiciano de Issy-les-Moulineaux). Al siglo XVII se le consagran dos capítulos en que se repasa los hechos fundamentales de la fundación (Un proyecto místico) y su primera expansión con las fundaciones de ultra mar y la puesta en marcha de una organización más eficiente y la labor de Tronson, último testigo directo de Olier, dentro de la formación sulpiciano (La obra de consolidación).

En el Siglo de las Luces se produce, paradójicamente, la consolidación del trabajo de los sulpicianos, merced sobre todo a una notable elección de superiores generales. Es en este siglo cuando, sin deshacerse de sus buenas relaciones con la realeza, se percibe un cambio de estrato social en los nuevos integrantes hacia una nobleza más discreta. Además, el trabajo intelectual empieza a dar sus frutos con algunas figuras que destacan en el campo de la teología del momento y que proporcionan algunos manuales muy recu-

rrentes para los estudios eclesiásticos. Además, la Compañía ha extendido su capacidad formativa a prácticamente todos los seminarios franceses.

Durante la Revolución francesa los sulpicianos son arrastrados por las diversas oleadas anticlericales. El Concordato de 1801 permite abrigar esperanzas a los sulpicianos pero estas se ven defraudadas por el decreto de 1810 que la disuelve por sus enfrentamientos con Napoleón (Emery había criticado repetidas veces la política religiosa del emperador). A partir de 1816, los sulpicianos vuelven a ser permitidos y reanudan su tarea. Sin embargo, el panorama ha cambiado totalmente. Sin embargo, donde se da un mayor desarrollo es en los Estados Unidos donde paradójicamente la orden sufre una grave crisis financiera e institucional a la par que se desarrolla extraordinariamente el catolicismo y se nombra a varios sulpicianos como obispos.

Entre 1850 y 1901 se produce una centralización de la Compañía y una mayor sujeción a Roma. A la vez, empieza a emerger una provincia canadiense y se da una cierta «americanización» (coincidiendo con el americanismo) en el método formativo de los sulpicianos norteamericanos. La separación Iglesia-Estado supuso un duro golpe para la Compañía en Francia del cual no se recuperará hasta la elección del futuro cardenal Verdier como Superior general. Bajo su mandato se pondrán en funcionamiento seminarios en el extremo oriente (Hanoi y Kun Ming).

El último período está marcado por la crisis eclesial en Francia en vísperas del Vaticano II (tres sulpicianos norteamericanos participan como peritos) y las conclusiones de la Asamblea General sulpiciano de 1966.

Santiago CASAS  
Universidad de Navarra